



HOMENAJE A D. JOSE TORIBIO MEDINA

CON motivo del fallecimiento del máximo de los historiógrafos chilenos, don José Toribio Medina, ocurrido el 11 de Diciembre de 1930, a los 78 años de su edad, la Universidad, la Biblioteca Nacional, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Academia Chilena correspondiente de la Real Española y la prensa de Chile, rindieron en aquellos días el más merecido homenaje al ilustre extinto.

Reproducimos a continuación algunos de los acuerdos universitarios relativos a este homenaje, varios artículos necrológicos y los discursos pronunciados en los funerales del señor Medina, que por acuerdo del Gobierno se costearon con fondos del Estado.



UNIVERSIDAD DE CHILE

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y CIENCIAS
DE LA EDUCACION**

Sesión Extraordinaria en 12 de Diciembre de 1930

S E abrió la sesión a las 11 A. M. bajo la presidencia del Decano titular señor Luis Galdames y con asistencia de los siguientes miembros docentes:

Galante, don Hipólito
Gálvez, don José María
Goetsch, don Guillermo
Gómez, don Juan
Oroz, don Rodolfo
Saavedra, don Julio

Tirapegui, don Luis
Ziegler, don Guillermo

y el señor Luis A. Puga, que actuó de Secretario accidental.

El señor Decano, en una breve improvisación, agradeció a los miembros de la Facultad el honor que le han discernido al designarlo para tan elevado cargo, por la casi unanimidad de los sufragios.

En seguida el señor Galdames, poniéndose de pié, dió cuenta del sensible fallecimiento del señor don José Toribio Medina y manifestó que creía interpretar el sentimiento unánime de la Facultad al pedir que se deje constancia en sus actas del hondo pesar con que la Corporación vé desaparecer a uno de sus académicos más ilustres, al publicista eminente que ha consagrado cincuenta años de una vida ejemplar y laboriosa al estudio del pasado americano.

Aprobada esta indicación, la Facultad tomó además los siguientes acuerdos destinados a honrar la memoria del extinto:

1.º Asistir en Cuerpo a los funerales y encargar al señor Decano que haga uso de la palabra, rindiendo un público homenaje a sus merecimientos en el acto de la sepultación.

2.º Dirigir una nota de condolencia a la viuda y eficaz colaboradora intelectual del señor Medina.

3.º Solicitar del H. Consejo Universitario la apertura de un concurso para premiar la mejor obra que se presente sobre la vida y la labor intelectual de D. J. Toribio Medina.

4.º Pedir al H. Consejo Universitario que gestione la autorización correspondiente para efectuar, por cuenta de la Universidad, la publicación de las obras y documentación que haya dejado inéditas el gran historiógrafo.

5.º Colocar el retrato del señor Medina en la Secretaría de la Facultad.

Se resolvió tramitar estos acuerdos, sin esperar la aprobación de la presente acta.

Se levantó la sesión a las 12 M.

LUIS GALDAMES

Decano

Luis A. Puga

Secretario Accidental

N.º 179.

Santiago, 19 de Diciembre de 1930.

Respetada Señora:

Con el fallecimiento de don José Toribio Medina, la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile está de duelo.

El señor Medina, incorporado a ella desde hace largos años, era uno de sus Miembros Académicos más respetables y su presencia en nuestras sesiones significaba siempre una especial distinción.

Su inmensa labor científica lo había ya consagrado definitivamente en el mundo intelectual y sus obras constituyen un acervo precioso para la investigación histórica de la América Latina.

El día 12 del presente, la Facultad que tengo el

honor de presidir, se reunió en sesión extraordinaria y acordó dejar constancia expresa en su Libro de Actas de la pérdida que experimenta la Corporación con la muerte del señor Medina y designar al Decano infrascrito para que exteriorizara el sentir de la Facultad en los funerales de tan esclarecido miembro.

Se convino, así mismo, testificar a la digna compañera del que fué nuestro eminente miembro Académico, los sentimientos de la Corporación, de todos y de cada uno de sus miembros, ante la dolorosa pérdida sufrida.

Al dar cumplimiento a este acuerdo, nos permitimos agregar, Señora, las seguridades de nuestro respeto y especial consideración.

LUIS GALDAMES
Decano

Raúl Ramírez
Secretario

A la señora Mercedes Ibáñez v. de Medina.



CONSEJO UNIVERSITARIO

Sesión Ordinaria en 15 de Diciembre de 1930

ACUERDO DE LA CORPORACIÓN CON MOTIVO DEL
FALLECIMIENTO DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA

EL señor Vice-Rector don Javier Castro Oliveira, manifiesta que todos los señores Consejeros saben la irreparable pérdida que ha experimentado la Universidad con el fallecimiento del eminente historiador y Miembro Académico de la Facultad de Filosofía, don José Toribio Medina. El señor Vice-Rector agrega que la personalidad del señor Medina es demasiado conocida para hacer su elogio, y sólo quiere dejar constancia en el acta del sentimiento con que la Corporación vé el desaparecimiento de esta venerable figura de las letras nacionales. Propone, ade-

más, se envíe a la viuda y colaboradora del ilustre escritor la condolencia del Consejo por la desgracia que la aflige.

Las anteriores indicaciones del señor Vice-Rector fueron aprobadas por asentimiento unánime.

Sesión Ordinaria en 22 de Diciembre de 1930

A indicación del señor Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, la Corporación aprobó los siguientes acuerdos tomados por dicha Facultad, en sesión extraordinaria de 12 del presente:

1.º Proceder a la publicación de las obras y documentación que haya dejado inéditas nuestro gran historiógrafo;

2.º Ordenar la apertura de un concurso, con el objeto de premiar la mejor obra que se presente sobre la vida y la labor intelectual de don José Toribio Medina; y

3.º Contratar la confección de un retrato al óleo del señor Medina, para ser colocado en la Secretaría de esta Facultad.

Se acordó, además, encargar al Decano de la Facultad de Filosofía que estudie y proponga la forma de dar cumplimiento a esas resoluciones y solicitar del S. Gobierno la dictación de una Ley especial que conceda a la viuda del eminente escritor una pensión vitalicia equivalente a la de que éste disfrutaba como premios por sus obras.

N.º 2805.

Santiago, 18 de Diciembre de 1930.

El Consejo Universitario, en sesión de ayer, se impuso con verdadero pesar, del fallecimiento de su distinguido esposo don José Toribio Medina Zavala, eminente historiador y Miembro Académico de la Facultad de Filosofía de esta Universidad.

La Corporación recordó la vasta obra realizada por el infatigable polígrafo en pro del esclarecimiento de la historia americana, algunos de cuyos volúmenes la Universidad se enorgullece de haber publicado, y acordó presentar a Ud. el homenaje de su condolencia ante la desgracia que la aflige, como también dejar constancia en sus actas de tan irreparable pérdida.

Sírvase, pues, aceptar Ud. la expresión del pésame que formulo a nombre de la Corporación y en el mío propio.

J. CASTRO OLIVEIRA

Vice-Rector

Gustavo Lira

Secretario General



DON JOSE TORIBIO MEDINA

La obra del mayor de los bibliógrafos americanos

POR ARMANDO DONOSO

COMO un rayo la enfermedad se abatió, el pasado invierno, sobre esta naturaleza recia, hecha para durar largamente. Rondó la enfermedad en torno a su lecho hasta ayer en que al fin pudo doblegarle. Vida tan firme parecía destinada a perpetuarse no sólo en los buenos centenares de sus libros sino que también en el don de una dilatada existencia.

Su obra representa el esfuerzo de una generación: centenares de volúmenes, millares de anotaciones, búsquedas interesantes. Es decir, casi sesenta años de trabajo; de labor ejemplar por su constancia, por su amplitud, por su curiosidad.

Un bibliógrafo trabaja generalmente para los historiadores que vendrán tras él, porque sólo en raros casos suele darse el escritor que, como Gastón París o Menéndez y Pelayo, logre reunir en su obra al crítico, al estilista y al erudito doblado de voraz traga libros.

Medina fué el obrero acucioso en la vasta ciudad de los libros, que logró realizar lo que sólo hubieran podido hacer centenares de acarreadores de noticias: su celo y su paciencia valen por una biblioteca; de tal manera ha hurgado y puesto a la vista millares de documentos y de libros, que comprenden desde la árida numismática hasta la simple historiografía, desde los estudios antropológicos hasta la erudición literaria, desde el hallazgo etnólogo hasta el glosario de vocablos. Y él, mejor que muchos otros, sabía cuanto tenemos que hacer en nuestra historia de América antes de pensar en elegantes síntesis, aderezadas con noble estilo, sobre los oscuros comienzos y formación de nuestras nacionalidades. ¿Qué sabemos de las razas aborígenes pobladoras del continente? ¿Se ha estudiado lo necesario el período colonial? ¿No se fundan en meras conjeturas muchas de las cosas que corren impresas sobre las primitivas civilizaciones americanas? La obra obscura, cuantiosa de fatiga y espurgo que en Chile han realizado Barros Arana, Vicuña Mackenna, Amunátegui y Medina, y en la Argentina Mitre, Levene, Groussac, Molinari, Rojas, Levillier y Leguizamón, esa dará frutos útiles, que acaso aprecien en toda su importancia las generaciones venideras. La propia bibliografía argentina le debe al papelógrafo chile-

no más de un título interesante; fruto de su buena amistad con el autor de la *Historia de Belgrano*, en cuya biblioteca realizó fructuosas búsquedas, fué esa monumental *Bibliografía del Río de la Plata*, la lujosa edición impresa hace cerca de un cuarto de siglo.

La sola enumeración de las obras de D. José Toribio Medina colmaría muchas páginas de menuda escritura. Sus recopilaciones bibliográficas, sus exhumaciones históricas, sus publicaciones de documentos llenan muchos anaqueles y acaso huelga afirmar que no se podrá escribir la historia de América sin utilizar a cada paso las fuentes de sus libros. ¿Cómo estudiar la sociabilidad y el desarrollo de la cultura hispanoamericana sin recurrir a sus monumentales bibliografías sobre la imprenta, la Inquisición o las obras editadas en el continente? ¿Acaso existe un estudioso que ignore o no frecuente a diario esos utilísimos repertorios de valiosas noticias que se titulan *Biblioteca hispanoamericana*, *Historia de la literatura colonial chilena* o *La primitiva inquisición americana*? ¿Cuántas no son las ediciones de libros raros o curiosos, reimpresos por él como la *Doctrina Cristiana en lengua guatemalteca*, que ordenara el obispo Marroquín; los *Viajes de Le Maire y Schouten* o los *Nueve Sermones del Padre Valdivia*? ¿Cómo ignorar esos catálogos, apretados de noticias, esqueletos de futuras grandes historias, que se titulan la Imprenta en Lima y en Méjico o las historias de los Tribunales del Santo Oficio en Chile, en Río de la Plata, en Cartagena de Indias, en Lima, en Filipinas? ¿Y sus trabajos prolijos sobre

las primeras exploraciones y sobre la geografía del continente americano que cuentan reimpressiones como la de la *Suma de Enciso El descubrimiento del Río de las Amazonas*, o investigaciones propias como su Juan Díaz de Solís, los *Viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata*, *Sebastián Caboto al servicio de España*, *El descubrimiento del Océano Pacífico*, *Vasco Núñez de Balboa* y el *Diccionario biográfico colonial de Chile*?

Todo esto en cuanto toca a lo histórico y puramente bibliográfico, ya que no pequeña es su obra de simple carácter erudito, acaso demasiado menuda y ratonil para que no alcance a fatigar al simple lector poco avezado en esta clase de lecturas: ahí están las publicaciones de algunos libros espulgados y anotados por él, como *Las Guerras de Chile*, el poema duro y ramplón de Luis de Zapata que tiene un incidental mérito documental; su edición crítica del *Arauco domado*, y la simple edición de *El temblor de Lima*, dos fatigosos poemas épicos de aquel infante del antiguo Engol. D. Pedro de Oña, pesado rimador que imitaba al ya pesadísimo Ercilla; ahí están también *La tía Fingida* y *El autor del Quijote impreso en Tarragona*, dos estudios serios de indagación literaria; ahí, por fin sus reimpressiones de la *Doctrina Cristiana en allentiac*, los fragmentos que se conservan de la millcayac; las curiosas *Memorias de un oficial de Marina inglés* y la *Literatura femenina en Chile*, obra sumaria esta, de copiosa bibliografía, de simples y a veces pueriles noticias.

Y semejante labor, que contaba ya la cantidad de libros de una biblioteca, resultó posible tras una

vida consagrada, con unción benedictina, al estudio: muchos viajes a través de países, museos y bibliotecas; del Museo Británico al Archivo de Indias, de la biblioteca del general Mitre a la de Lima, de Méjico a Simancas y del Archivo Notarial de Madrid a las librerías particulares de Fregeiro, Carranza y Trelles en Buenos Aires. En esta obra tan dilatada y copiosa no es la parte más interesante aquella que se refiere a sus sacrificadas búsquedas a través de los archivos y bibliotecas, pues detrás de ellas encontramos al eterno estudioso, al hombre que ha sabido exprimir un sentido de la vida, hurgando en el rastro de las huellas dejadas por las generaciones, el eco perdurable del libro o del testimonio superior de cultura. Y una larga existencia consagrada al trabajo siempre resulta interesante, cualquiera que sea la índole de sus resultados o de sus beneficios: en el caso de la obra de tal bibliógrafo es todo un continente el que le debe un justo reconocimiento, y con voces autorizadas, como las del profesor Altamira, las que pueden decir que será poco menos que imposible «dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina».

LA BIBLIOTECA MEDINA

Quando los futuros viajeros, movidos por su curiosidad intelectual, visiten la Biblioteca Nacional chilena, encontrarán en una de las amplias salas llamativamente decoradas por Bonencontre la rica biblioteca de este bibliógrafo, que en vida legó al

Estado. Allí perdurará, rediviva, el alma de Medina, entre los volúmenes que le sirvieron para documentar sus centenares de libros y que sólo el amor a su tierra pudo salvar de las tentadoras sollicitaciones de la John Carter Brown Library.

Para este rebuscador de papeles centenarios, los libros constituyeron siempre la mitad de sus desvelos y las formidables armas de su trabajo cotidiano. Su apetito de bibliómano buscó afanosamente todas las ediciones de *La Araucana*; pero a pesar de sus búsquedas no logró reunir las todas, pues le falta la edición príncipe de la primera parte, impresa en 1569: «Sin embargo, pienso que pude obtenerla y . . . me quedé sin ella. A mí fué a quien primero me ofreció en venta el ejemplar que poseía el librero don Mariano Murillo, yo había descrito ya en mi *Biblioteca Americana* tal volumen, y así, pues, fué grande la sorpresa de Murillo cuando al mostrarme el ejemplar, después de hojearlo, le hice notar que le faltaba el retrato de Ercilla, que, contra lo acostumbrado, iba colocado en la última página. Fué necesario que Murillo mandase ver el ejemplar que existía en el Museo Británico para que se convenciese. Hizo fotografiar dicho retrato, y de este modo completó su volumen para venderlo a Huntington».

Medina logró reunir los libros de su biblioteca en el espacio de cuarenta años. El objeto a que ha obedecido su formación ha sido principalmente el de reunir las producciones tipográficas de la América Latina desde que en ella se estableció el arte de la imprenta hasta que terminó la dominación española. El período que abarca la parte re-

lativa a Cuba alcanza sólo hasta 1810, y es vario en las demás naciones del continente. Llega hasta esa fecha en la Argentina; en Chile, hasta 1817; en Méjico y Guatemala, hasta 1821; en el Perú hasta 1823, *et sic de coeteris*. Cuenta más de mil volúmenes, de entre los cuales los libros mejicanos suman más de ocho mil títulos; el resto lo componen obras americanas, especialmente relativas a la colonia. A la parte moderna de su librería le concede Medina poca importancia. En varias ocasiones la Universidad de Harvard y John P. Winship, bibliotecario de la John Carter Brown Library, le han hecho ventajosas proposiciones para adquirirla.

¡Libros, libros, libros! Henos aquí en el seno de la librería: advertimos el primer volumen dado a la stampa en la América del Sur, un ejemplar admirable de la *Doctrina en lengua quichua*, impreso en Lima en 1584, con una firma autógrafa del padre Acosta: «Por esta obra—nos dice Medina—me han ofrecido seis mil marcos, pero cuando esta moneda tenía un valor efectivo. Tiene una historia curiosa: cuando se estaba imprimiendo, el Papa Gregorio XIII quitó diez días al calendario, lo cual ocasionó trastornos curiosísimos en la época; hubo entonces que detener el trabajo de la impresión para dar a la stampa, por la misma prensa, la Real Cédula que incorporaba la Orden Pontificia, en la cual se ordenaba el vacío del calendario. Así, pues, son ambas dos impresiones casi simultáneas». He aquí otro libro valioso: los *Nueve sermones en lengua de Chile*, del padre Valdivia, que Medina le compró a D. José Sancho Ra-

yón, en Madrid, por la cantidad de mil francos: acá vemos *La Argentina*, de Barco Centenera, de la cual se conocen sólo cuatro ejemplares; hermoso libro es el que tienta nuestros ojos: el *Manuale sacramentórum*, impreso en Méjico en 1568, ejemplar único conocido en el mundo, que Medina le compró en Puebla a un abogado; otro de sus tesoros es el volúmen pequeñito, primoroso, del *The-soro spiritual de pobres en lengua michuacal*, impreso en Méjico en 1575, que adquirió en mil quinientos marcos, y del que hasta hoy sólo se conocen cuatro ejemplares; éste que poseía Medina está incompleto e hizo reproducir del Museo Británico las copias de las hojas que le faltan. Con visible emoción nos mostraba el *Ceremonial y rúbricas generales*, impresos en 1579 en Méjico. ¿Y qué decir de las ediciones de *Las Araucanas*, a través de las cuales podemos apreciar el más completo tesoro de la tipografía antigua? ¿Qué de la bonita primera edición del Diccionario de la Academia?

La mayor parte de sus libros, primorosos en cuanto se refiere a los cuidados de la tipografía, los imprimió Medina en la imprenta que mantenía instalada en su casa, realizando con ello el tipo del antiguo humanista, en quien se aunaban el tipógrafo, el erudito, el bibliógrafo y el impresor, especie de Aldo Manucio en los prosaicos tiempos que corren.

LA IMPRENTA EN AMERICA

Sus volúmenes sobre la imprenta en América constituyen, indirectamente, acaso, la mejor fuen-

te para estudiar la rudimentaria cultura durante la época colonial. En ellos encontrará el investigador futuro cuanto se daba a luz en aquellos años de incipiente labor instructiva: desde los infolios indigestos de la sumaria tipografía hasta los partes e invitaciones de carácter social; desde las escasamente pedagógicas gramáticas hasta los vocabularios de lenguas bárbaras, con que los misioneros se auxiliaban para difundir las doctrinas cristianas; desde las soporíferas crónicas de los conventos hasta las vidas de santos y obispos de tal o cual Orden. Con razón ha podido decir el erudito Garnett: «Ceremonias públicas, corridas de toros, leyendas de santos, conclusiones sobre filosofía escolástica, componen el triste catálogo y manifiestan cómo un pueblo activo y hábil era condenado sistemáticamente, en lo que a sus mandatarios toca, a la frivolidad, superstición e ignorancia». Nada puede constituir un espejo más fiel de tal época que esos voluminosos catálogos (por ejemplo, los ocho tomos consagrados a la imprenta en Méjico o los cuatro referentes a Lima), donde encontrará el historiador el prontuario más fidedigno de cuanto se escribía o se pensaba en las remotas Indias españolas.

Resulta un caso tan insólito cuanto curioso el de la tipografía sudamericana: según lo observa el ya citado Garnett, esa producción era tan copiosa en lo que toca a lo bibliográfico, cuanto estéril en el sentido literario. Quien repase todo lo que daban a la estampa las prensas de Lima y de Méjico no podrá sino sorprenderse con la abundancia de libros como de su absoluta falta de interés. Ni un

mediano volumen que respondiese a una incierta personalidad, en medio del fárrago de obras religiosas y gramaticales. Abundante bibliografía, pero exenta de todo valor literario. La imprenta llega hasta la más remota e inaccesible ciudad americana (Juli, a doce mil pies sobre el nivel del mar); pero todo lo que ella edita apenas si merece que se le recuerde. Quien traduce un tratado del padre Nierenberg al guaraní o una versión de *Flos sanctórum*, de Ribadeneira; ya se reimprimen los vocabularios y gramática de Antonio Ruiz de Montoya, o se publica el catecismo de Nicolás Yapuguay, para no citar los discursos panegíricos o las proclamaciones, de escaso mérito. La importancia de tales impresos resulta poco menos que insignificante y su influencia totalmente nula. Acaso fueron más socorridos en su difusión los novenarios, los decretos y ordenanzas de los virreyes, las oraciones y las listas de toros, como que todas ellas formaban parte de los hábitos y necesidades en aquella adocenada sociedad colonial. Con clara razón podía observar un acucioso bibliógrafo que Rich, en su *Biblioteca nova*, sólo podía descubrir once libros limeños impresos antes de 1700, y Brunett no alcanzó a contar más de diez y ocho.

Los historiadores futuros que recorran estos catálogos apretados de noticias encontrarán en ellos el espejo fiel de la indigente cultura americana durante más de tres siglos, cuando todo lo que dieron a la estampa las prensas novomundanas estaba destinado *ad maiorem Dei gloriam* y de su Santísima Majestad el Rey de las Españas.

LA INQUISICIÓN

No podría darse mejor complemento de toda esa labor pacientísima de Medina, explicativa de la rudimentaria sociabilidad y cultura coloniales, que los once volúmenes consagrados a la historia del Tribunal del Santo Oficio. Ya fuera la acción directa de sus jueces, representantes del espíritu del soberano español, o ya la de sus comisarios de Chile o del Río de la Plata, cabe apreciar la nefasta acción ejercida por semejantes sátrapas, tan rudos e incultos cuanto torpes y desmandados. La Inquisición disponía de la vida, hacienda y libertad de cada individuo, y su historia no es más que la de todos los atropellos y arbitrariedades ejercidos por la autoridad y la Iglesia Católica durante el siglo XVIII. Llenas estaban siempre las cárceles, en cuyas mazmorras se imponían los tormentos más inhumanos, renovando los tiempos de la conquista, cuando las víctimas eran los indios indefensos e ingenuos. Nada con mayor elocuencia que la Inquisición en América prueba el deplorable atraso de España y su brutal acción civilizadora, que subrayó con la cruz y la espada. ¡Cuántas veces los mismos libros que publicaban las pequeñas imprentas, establecidas a costa de grandes sacrificios, no sirvieron para atizar las hogueras donde se martirizaba a cuantos infundían sospechas de inocente heterodoxia. El propio Medina ha podido decir, al prologar su colección de documentos sobre la Inquisición: «Acaso sabe Dios si por las sombras que proyectan sobre una época ya de sí

bastante desgraciada no hubiera valido más que, roídos por la polilla, hubiesen sido echados al río que corre a los pies del histórico castillo en que se guardan». Con razón bien fundada, las autoridades españolas habían sepultado todos los documentos referentes al Tribunal del Santo Oficio en el sombrío castillo de Simancas, hasta donde acaso pensaron que no alcanzaría la curiosidad de los futuros investigadores.

Aunque hubiera sido posible desear para todos los documentos contenidos en esos nueve volúmenes la disciplina sintética del historiador y la inteligencia constructiva del escritor, no por eso carece de interés tan vasto y ameno emporio de noticias. Todos los procesos inquisitoriales, con sus dilatadas ramificaciones, que dicen relación con la sociedad colonial, sin distingos de ninguna especie, aparecen en esas páginas, tentando la imaginación de novelistas e historiadores, como el interesante Lea, que pudo aprovecharlos fecundamente en su valiosa historia.

Pero no son tan sólo sepulcros helados donde duerme una época su reposo de siglos esos volúmenes perinchidos de noticias sabrosas, capaces de arrojar luz esclarecedora hasta los rincones más oscuros de nuestra Edad Media colonial. Ahí está el secreto de la grande alianza entre el poder político y el religioso; la acción de la Iglesia secundando la autoridad del Rey: obispos y virreyes, inquisidores y damas linajudas, prestamistas y oidores, heréticos y judaizantes, todos aparecen, ante la cárdena luz de la hoguera, mezclados en la

siniestra zarabanda de la muerte. No podría concebirse una historia de América sin bajar a las zahurdas de esos Tribunales, donde la religión enarbolaba la vara de la justicia y en torno de las cuales giró la vida de media centuria, durante la cual España remató su obra, torpemente reaccionaria, en las abandonadas colonias de Occidente.

Implacables enemigos de la herejía, los severos Tribunales del Santo Oficio no se dieron tregua en sus persecuciones, no sólo contra cuantos fueran tildados de sospecha por sus ideas, sino contra los extranjeros: innumerables y crueles son los centenares de procesos que denuncian los documentos recogidos por Medina, seguidos a los piratas ingleses y a los comerciantes de Portugal, acusados siempre de judaismo. Portugués y judaizante eran sinónimos para los brutales ministros inquisitoriales: ¡cuántas haciendas fueron saqueadas con este pretexto y cuántas familias no fueron perseguidas y aterrorizadas en nombre del rey y de la santa religión!

Cuando llegan a América las primeras noticias de la Revolución francesa el languidecente Tribunal cobra nueva vida, pues no faltan quienes sueñen ya con la utópica libertad en medio de aquella cárcel de espantos. La Inquisición extrema sus sanciones disciplinarias, renace a una insospechada actividad, que estimulan la protección de sus virreyes y los anatemas de sus obispos en Méjico: «La mentalidad de nuestros abuelos—ha podido escribir Hurtado y Arias—era un poco estrecha, algo cerrada, sin mucha ventilación y con poca luz.

Su espíritu no conoció nunca la higiene de la libertad. El rey de un lado, la inquisición del otro, la mantuvieron siempre en estrecha reclusión».

Después de publicar sus once volúmenes sobre los procesos inquisitoriales, Medina pudo escribir un libro que hubiera completado luminosamente la grande historia del yanqui Lea, más prefirió no juzgar el asunto, dejando a los otros sus exposiciones prolijas, tras las cuales siempre desapareció el autor. Ya en el primero de sus volúmenes se excusaba advirtiendo que «al explotar este tema histórico nunca he pensado en la parte religiosa del asunto; siguiendo el sistema meramente expositivo, negándome yo mismo el derecho de decir con palabras mías lo que los contemporáneos o autores de los sucesos que narro de esa época pensaban o decían conforme a sus ideas». Y he ahí la cualidad y el defecto capital en la obra de este bibliógrafo. (Bibliógrafo habremos de llamarle siempre, pues a un historiador toca exigirle el juicio necesario y la crítica obligada de los sucesos que narra). A Medina poco se le encuentra en sus escritos: expone, cita y, cuando más, comenta sin pronunciarse nunca. Nada podemos inducir de sus ideas religiosas o políticas cuando trata de la Inquisición en Lima o en Méjico. Los tres mil procesos inquisitoriales que ha tenido oportunidad de estudiar, jamás despiertan una protesta ni un comentario personal. Ni la abyecta sociabilidad del siglo XVIII; ni el fanatismo repugnante de frailes, oficiales y oidores; ni la estulticia de esos pueblos sujetos a la férula de sayones y prebendados le arrancan un grito de indignación, una palabra

ardorosa. Es el perfecto investigador, sin sensibilidad, que busca, prueba y transcribe para que los historiadores futuros escriban el libro definitivo, trazando el cuadro sombrío de esa España putrefacta que acabó de morir en América el año 1810.

ARMANDO DONOSO.



LA OBRA DE MEDINA

POR L. BRIONES

DON José Toribio Medina nació en Santiago el 21 de Octubre de 1852. Fueron sus padres don José del Pilar Medina y Valdeirrama, antiguo magistrado y autor de pulidos versos, y la señora Mariana Zavala y Almeida, dama perteneciente a una familia ilustre y noble, hija de doña Santos Almeida y Chorroco Martínez de Rozas, sobrina-nieta de don Juan Martínez de Rozas.

La historia de sus primeros años no ofrece otra particularidad que un decidido amor al estudio y una fuerte contracción a la lectura. Hechos sus primeros estudios en el Instituto Nacional, el joven Medina ingresa a la Universidad de Chile, donde estudia Leyes, cursando solamente el primero y el

último año. Así, estudiando a solas, pudo terminar su carrera en menos tiempo que el prescrito en los programas y recibir su diploma de Licenciado en Leyes el 26 de Marzo de 1873, habiendo sido laureado en Derecho Canónico y Derecho Internacional. Algunos meses después, a la edad de veinte años y siete meses, obtiene su título de abogado.

Apenas adolescente, José Toribio Medina demostró aficiones literarias cada vez más acentuadas, que encontraron tenaz resistencia en su padre. El magistrado Medina y Valderrama combatía en su hijo la tendencia a las disciplinas espirituales, aconsejándole, como únicos caminos para su porvenir, la abogacía y la política. Al optar a la licenciatura, José Toribio había escrito un interesante trabajo de investigación sobre el vocablo «Fósil» aplicado a la jurisprudencia y, por exigencia de su padre, hubo de reemplazarla por un estudio jurídico: «Si la donación es un acto o un contrato», que obtuvo de la comisión un favorable dictamen. Su primer trabajo, en cambio, fué presentado como suyo por su amigo Hermógenes Donoso, y mereció los honores, por encargo del Consejo de Instrucción, de ser publicado en los Anales de la Universidad. ¡Fué el primero y más curioso éxito del que más tarde llegaría a ser la cumbre más alta de la erudición hispano-latina!

Durante esos dos años, 1872 y 1873, el joven Medina ejerce la profesión forense en Santiago y en los ratos libres, con igual pasión, se dedica al cultivo de la literatura y de la historia. Escribe interesantes estudios sobre literatura, folklore y hasta entomología, y por otra parte, se familiariza

con la historia de Chile internándose en las crónicas de los primeros años de la conquista. El literato se anticipa al historiador de más tarde y su primer trabajo, una apreciación crítica de la novela de Jorge Isaacs, titulada: «María», apuntes para un juicio crítico, vé la luz el 25 de Agosto de 1873, en la revista «Sud América». Junto a sus ensayos literarios, Medina cultiva el folklore publicando ese mismo año, en la misma revista, un estudio sobre supersticiones y mitos populares de Chile, titulado «El Piuchén». Casi parejo al crítico y al folklorista aparece el hombre de ciencia con el estudio «Los insectos enemigos de Chile», publicado también en la revista «Sud América». La ciencia atrae al joven Medina y un año después, al cumplir los veintidós, publica en el «Santa Lucía», periódico semanal de Santiago, un trabajo que titula «Motivos para la fundación de una Sociedad Entomológica Chilena». El escritor no dormía, entretanto, y publica en ese entonces, 1875, una primorosa traducción en verso castellano, del poema «Evangalina», de Longfellow. Esta es, puede decirse, su primera obra de aliento y por eso, para muchos significa el estreno con las letras del futuro gran bibliófilo de la lengua.

Ese mismo año, 1875, es nombrado secretario de la Legación de Chile en Lima, después de haber rehusado dos diputaciones y la secretaría de un partido político. Aquel viaje a la ciudad de los virreyes ejerce una influencia tan grande en su destino que marca un cambio de frente en sus actividades y las hace derivar, insensiblemente, hacia la bibliografía y la erudición. El joven Medina tra-

bó estrecha amistad con el ingenioso y culto don Ricardo Palma, y junto al célebre tradicionalista peruano, su espíritu empezó a internarse cada vez más en los arduos caminos de la investigación bibliográfica, y la rebusca metódica y paciente de manuscritos y legajos, en los ricos archivos de la metrópoli virreynal. El Director de la Biblioteca Nacional, don Francisco de Paula González, erudito de renombre, intima con el joven Medina y lo impulsa hacia la labor documental en grande escala. José Toribio permanece dos años en Lima, y durante ellos publica, entre otros trabajos, dos estudios interesantísimos sobre la obra de Ercilla, que fué desde entonces uno de sus grandes fervores literarios y de sus más caros ideales bibliográficos. En esa misma época da a luz su primera obra histórica utilizando un manuscrito del renombrado historiador peruano don Manuel de Mendiburu.

El intenso trabajo de la Legación, ciertas malas inteligencias con el Ministro de Chile, don Joaquín Godoy, y una reiterada invitación de los esposos Thorndike-Mathieu, le hacen, momentáneamente, abandonar la diplomacia y partir, a fines de 1876, a los Estados Unidos, para asistir a la Exposición de Filadelfia. Tres meses después sale de Nueva York a Londres, donde practica importantes investigaciones sobre historia y literatura americanas. Allí, en el Museo Británico, le cabe trabajar junto a dos grandes eruditos: don Pascual de Gayangos y don Gaspar del Río, estrechando con ellos una provechosa amistad. Continúa a Francia y tuvo oportunidad, en la Biblioteca Nacional de París, de descubrir la continuación del «Parnaso Antártico»,

de Diego Mejía, hallazgo bibliográfico de gran valor.

Determina volver a Chile, y durante su rápido paso por España, invierte quince fructíferos días en el Archivo de Sevilla. Llegado al país en 1877, se presenta al concurso abierto por la Universidad de Chile para una historia de la literatura colonial. Sus investigaciones en bibliotecas de Santiago, Lima, Nueva York, Londres, París y Sevilla, le proporcionan el material necesario para su célebre obra en tres tomos «Historia de la Literatura Colonial», que obtuvo el premio. Para editar al año siguiente su obra, Medina ha de dirigir circulares a algunas personas y ya publicado el libro, no tiene más remedio que pagar las cuotas, abonadas por los suscritores. Esta dura prueba económica ni siquiera fué recompensada por el éxito, pues poquísimas personas adquirieron un ejemplar de la obra.

Sin desmayar, el joven historiador parte a la Araucanía para familiarizarse con las particularidades del territorio y las costumbres de los naturales, a fin de documentarse en la debida forma para una obra en proyecto que publicó años después, «Los aborígenes de Chile», vasto y audaz ensayo de etnología y ciencia. En ese viaje, largo y penoso, el joven José Toribio demostró su temple corriendo mil peligros, esquivando emboscadas, durmiendo a la intemperie, y viviendo sobre su cabalgadura mientras amontonaba toda clase de materiales.

La declaración de guerra al Perú y Bolivia lo hace regresar a Santiago, donde ingresa al Parque

de Artillería. Su aplicación en las pesadas tareas de fabricación de balas y un dispositivo especial que inventa atraen la atención del General Matu-rana y el Gobierno lo designa al año siguiente, 1880, Auditor de Guerra en Iquique. En el ejerci-cio de ese cargo le cupo una misión confidencial cerca del General Baquedano, que se hallaba en Tacna. A su regreso, a instancias del Presidente Santa María, y en virtud de sus méritos, es nom-brado juez de Letras de Iquique en 1882, y allí le corresponde ordenar el primer fusilamiento en la zona ocupada. Pese a su actividad, una visita judi-cial al interior le permite desarrollar sus aficio-nes científicas descubriendo los huesos dispersos de un megaterio desconocido en unos territorios inexplorados. El sabio Phillippi discierne esta es-pecie a su descubridor, así como había bautizado con su nombre, años antes, a un diptero nuevo, el «*Congropha Medinae*». Medina alterna en esta época el cultivo de la ciencia con las funciones de la judicatura, y amplía considerablemente sus co-nocimientos de astronomía y ciencias naturales.

Su sed de investigación lo lleva a renunciar a la carrera judicial al finiquitarse la Campaña del Pa-cífico (1884), y a continuar en la Araucanía su pe-ligroso y sacrificado viaje de estudio y observa-ción. A su regreso a la capital condensa esos tra-bajos en su libro «*Los aborígenes de Chile*», que causó general admiración por la acumulación de datos, la novedad de las observaciones y el méto-do rigurosamente científico.

El Almirante don Patricio Lynch, que había te-nido ocasión de conocer durante la campaña al jo-

ven Medina, solicita del Presidente Santa María se designe a Medina Secretario de la Legación de Chile en Madrid. Ya en España, contando apenas con treinta y dos años de edad, José Toribio Medina se entrega de lleno a la búsqueda y la investigación, revolviendo los legajos y manuscritos del Archivo de Indias, el Archivo de Simancas, el de Sevilla, el archivo notarial de Sevilla, las bibliotecas particulares del Duque de T'Serclaes y del Marqués de Jerez de los Caballeros y las bibliotecas y archivos de la Academia de la Historia, de Madrid, de Alcalá de Henares, del Ministerio de Guerra, del Depósito Hidrográfico y la Sección de Manuscritos del viejo palacio del Escorial. Todas sus investigaciones convergieron hacia la historia y la literatura americanas, de las cuales entonces se sabía muy poco o casi nada. Fué un trabajo ímprobo de comprobación, de copia, de lecturas difíciles, de desciframientos de manuscritos y verificación de textos. Para esa labor gigantesca, Medina no contó con otros medios que dos mil pesos otorgados por el Gobierno de Chile y su extraordinaria y perseverante paciencia de erudito ya ilustre a pesar de su juventud.

Su prodigiosa actividad y su bien metodizada vida le permitieron, a la vez, cumplir con todas las obligaciones oficiales de su investidura diplomática, asistiendo a fiestas y recepciones palatinas y desempeñando con acierto y brillo el cargo de Encargado de Negocios en las ausencias del Ministro titular, don Patricio Lynch. Contrajo en esa época amistad estrecha con el Secretario de la Nunciatura Apostólica, Della Chiessa, que sería más tar-

de Benedicto XV, y con los más ilustres escritores, dramaturgos, eruditos, bibliógrafos y americanistas de la España de ese entonces: Núñez de Arce, Campoamor, Menéndez y Pelayo, Tamayo y Baus, Manuel Cañete, Aurelio Fernández Guerra, Marcos Jiménez de la Espada, Justo Zaragoza, Adolfo Herrera, Cesáreo Fernández Duro, etc.

Durante dos años, incansablemente, Medina ocupa sus momentos libres en un continuo hurgar de manuscritos y documentos, haciendo acopio de materiales para las obras de grande aliento que tenía en proyecto. Regresa a Chile en 1886 y ese mismo año, en Diciembre, contrae matrimonio con la distinguida señora doña Mercedes Ibáñez y Rondizoni, la compañera de toda su vida y la más útil y constante colaboradora de su marido, a quien no sólo proporcionó la felicidad y la paz domésticas, sino que llegó a ayudar en el hecho corrigiendo copias y calcos, emprendiendo áridas lecturas, catalogando sus volúmenes, acompañándole en todos sus penosos y repetidos viajes de estudio y de investigaciones literarias. En los cinco años que siguen, don José Toribio Medina llega a los límites de lo increíble, publicando veinticuatro volúmenes de historia, bibliografía, folklorismo, numismática y catalogación. ¡Era el fruto de la simiente recogida amorosamente en España durante dos preciosos años!

La Revolución de 1891 no alcanza a poner un paréntesis de interrupción en la pasmosa labor cotidiana del erudito y el bibliógrafo. El hecho de haber sido electo regidor y segundo alcalde ese mismo año y la serena lealtad que profesó al Presidente

Balmaceda dentro de su completa abstinencia política, le valieron persecuciones, acechanzas policíacas y hasta tres repetidos allanamientos a su docta y tranquila casa. Se creía que las proclamas balmacedistas se imprimían en la imprenta particular, después llamada Elzeviriana, donde muchas veces «compuso» él mismo su docta prosa. Las hostilidades aumentaron de tal manera, que obligaron al sabio investigador a trasmontar los Andes y detenerse en Buenos Aires en 1892. Allí permanece ocho meses, traba amistad con Mitre, Zeballos, Carranza, Moreno y otras eminencias, y alcanza a editar una magnífica historia de la imprenta en el Plata.

En octubre de ese mismo año se traslada nuevamente a España, donde reanuda su afanosa búsqueda por archivos y bibliotecas, especialmente en las del Márques de Jerez de los Caballeros y el Duque de T'Serclaes. Allí convivió diariamente con Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Gestoso y Pérez, Hazañas y la Rúa, Valdenegro, Laso de la Vega, Jiménez, Cano, Montoto, Chávez, Serrano y otros eruditos, bibliógrafos, historiadores e intelectuales. Durante cuatro años se documentó ampliamente para futuras obras, y editó numerosos volúmenes de investigación bibliográfica.

Regresa a Chile en 1896, y durante seis años publica setenta y ocho trabajos, donde, como en el viaje anterior, están condensados todos sus hurgares en los archivos españoles. Son volúmenes de historia, de erudición, de bibliografía crítica, y muchos de ellos son publicaciones anotadas sobre la Historia de Chile.

Al cabo de esos seis años, en 1902, parte nuevamente. Lo impulsá el deseo de escribir la historia de la imprenta en la América Española. Hecha ya la de Buenos Aires y de Santiago, quedábanle aún las de Lima, de Guatemala, de México. En este viaje, como en los otros, lo acompaña su esposa, y es su amor al estudio y a la investigación incesante lo que le hace—a él, hombre sedentario en el fondo, tipo de erudito y de estudioso—partir nuevamente como un Ashavérus de la bibliografía y la compulsión de textos viejos y antiguos legajos.

Se detiene en Lima durante tres meses, y su viejo amigo, don Ricardo Palma, olvidando el saqueo y el incendio de su casa durante la batalla de Chorrillos y Miraflores, tiene para él todas las consideraciones que se deben al talento y a la sabiduría. Terminada la documentación de la «Imprenta en Lima», continúa viaje a Guatemala; donde traba amistad con Antonio de Batres Jáuregui, diplomático y escritor; con el padre de Gómez Carrillo, don Agustín Gómez Carrillo, historiador, y con el perspicaz letrado y ensayista don Ramón Salazar. La intranquilidad política del país ocasiona no pocos sobresaltos al paciente investigador, y para abandonar Guatemala después de dos meses de permanencia en ella, ha de resignarse a cumplir con una serie de fatigosos trámites, de los cuales no se exceptuaba ni a los diplomáticos extranjeros. Durante su estada en México recibe atenciones y deferencias especiales del Presidente don Porfirio Díaz, quien le proporciona todas las facilidades posibles. Durante sus trabajos bibliográficos en México, colaboran e intiman con Medina, biblió-

grafos, arqueólogos, historiadores y poetas de la talla de Vicente P. Andrade, Luis González Obregón, Genaro García, Nicolás León, Joaquín Casasus, Chavero, Amado Nervo, José María de Agredo y Sánchez, etc. El ya ilustre erudito chileno no sólo circunscribe a la capital sus indagaciones, sino que visita de «linda y peligrosa manera»—según sus mismas palabras—Puebla, Guadalajara, Oaxaca, Guanajuato, Veracruz, Querétaro. Ya en ferrocarril, ya en diligencia, ya a lomo de mula, Medina no trepida muchas veces en correr serios riesgos, a trueque de conocer una nueva biblioteca, hurgar en un archivo más o verificar la autenticidad de un texto cualquiera.

Desde allí parte en viaje a Francia, donde visita nuevamente la Biblioteca Nacional de París, y sigue después a Italia, donde la biblioteca del Vaticano le es ofrecida incondicionalmente por el jesuita Erla. Después de minuciosos trabajos en los archivos papales, el erudito chileno continúa a Turín; en cuya biblioteca municipal realiza un valioso hallazgo bibliográfico. Pasa a España y reanuda sus investigaciones en los Archivos de Indias, Simancas y Cádiz.

Entonces, 1904, regresa a Chile cargado, como un pirata imaginario, de un rico y para él inestimable botín: documentos, apuntaciones, notas, glosarios, referencias. ¡Ocho mil carillas bibliográficas y diez mil impresos raros! Durante ocho años consecutivos (1908-1912), al igual que en sus viajes anteriores, va convirtiendo todo ese material en obra, y su producción aumenta en nada menos que sesenta volúmenes más.

Durante esos años interrumpe su laboriosa tranquilidad la realización de un viejo sueño: la publicación de trabajos y documentos sobre Alonso de Arcilla. Sabe don José Toribio que el sabio cervantista español, don Cristóbal Pérez Pastor, poseía documentos valiosísimos y que cedería los derechos de copia por seis mil francos. Presenta una solicitud al Consejo de Instrucción Pública, pero la Cámara no aprueba ese gasto. Medina se ve obligado a esperar siete años (1910) para publicar sus documentos y el texto anotado de «La Araucana». Muere el sabio Pérez Pastor y sus herederos donan los documentos arcillanos a la Academia de la Lengua, quien, a su vez, los remite, para su publicación, a Rodríguez Marín. Este, falto en absoluto de tiempo, dilata día a día ese trabajo, y don José Toribio Medina ve una nueva ocasión para obtener los documentos, al menos, para utilizarlos. Obtiene una promesa de apoyo gubernativo, llega a Madrid, se lanza en busca de los documentos originales y tiene que luchar durante semanas para obtener la entrada al Archivo Nacional. No cesa en su empeño, y gracias a su poderoso amigo el Marqués de Laulencín, logra vencer toda resistencia y obtiene al cabo de seis semanas de ardua labor y de treinta y cinco mil pesetas gastadas, las seiscientas copias de documentos arcillanos, que trae, temblando de júbilo, a Chile en los primeros meses de 1913. A su llegada le espera la desagradable sorpresa de haberse suspendido los seis mil pesos acordados por el Gobierno para la publicación de la obra, y, como otras veces, como le ocurrió treinta y cinco años antes, se vió obligado a ha-

cerse cargo de la edición del libro, costosa, ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas y una biografía de Ercilla. ¡Esta vez, en cambio, no hubo nadie que adquiriera un solo ejemplar!

Desde entonces, 1913, don José Toribio Medina continúa su ininterrumpida producción, publicando numerosos volúmenes de historia, geografía, bibliografía, crítica, numismática y otras diversas materias. En 1915, por una desdichada casualidad, se impone tarde de una invitación del presidente de la Asociación Americana de Historia, Mr. H. Morse Stephens, para asistir a la Junta de la Asociación en San Francisco. Era este el segundo viaje que dejaba de hacer el sabio erudito por culpa de funcionarios negligentes o deficiencias del correo y medios de comunicación: el otro fué en 1902, un viaje a Roma, donde debió haber representado a Chile en un Congreso de Historia que entonces se verificaba; en esta ocasión, como en la otra, el aviso respectivo llegó tarde.

Durante quince años consecutivos don José Toribio Medina desarrolla tranquilamente en su casa particular sus vastos planes de trabajo, y durante tres lustros, periódicamente, cada dos o tres meses, asombra a propios y extraños con la publicación de una nueva obra, estudios, documentos o textos prolijamente anotados y comprobados. Comienzan a llover sobre él, una sobre otra, toda clase de distinciones, y el 25 de Agosto de 1923, al cumplir sus bodas de oro en la vida intelectual, el país entero le rinde un homenaje emocionante, al que se asocian y adhieren numerosas naciones.

A fines de 1927, finalmente, el Gobierno le designa para representar a Chile en el Congreso de Americanistas de Nueva York, y, con su laboriosidad y método acostumbrados, don José Toribio obtiene un fruto máximo de su viaje de quince meses. De paso en Lima realiza algunas investigaciones. Preside en Nueva York la sesión inaugural del Congreso de Americanistas; se vincula con la Hispanic Society of America; visita detenidamente las bibliotecas estadounidenses y hurga en ellas, con su expedición de viejo investigador. Pasando en seguida a Europa, aprovecha su tiempo en París conociendo y estudiando el único ejemplar que existe de «La Conquista del Perú», de Nicolás Albenino. A su llegada a Madrid es recibido en triunfo por sus numerosos admiradores y amigos, y tiene ocasión de publicar una nueva edición de su versión anotada de «La Tía Fingida», de Cervantes, obra de erudición literaria, en que sostiene la paternidad de la novelícula para el manco de Lepanto. Se detuvo algún tiempo en Sevilla, donde se sumerge por quinta vez en el precioso Archivo de Indias y da cima a su obra sobre las cartas de Pedro de Valdivia. Regresa en seguida a París, donde se pone en contacto con numerosos bibliógrafos e historiadores y preside una sesión de la renombrada Sociedad de Americanistas.

Al cabo de un año y medio, en Mayo del año último, el glorioso investigador vuelve a Santiago. En el silencio de su casa y en la paz de su despacho, donde ayer le ha sorprendido la muerte, rodeado de sus libros, con la mano en un manuscrito, junto a su abnegada y extraordinaria esposa, doña

Mercedes Ibáñez Rondizzoni, la compañera de toda su vida dedicada como muy pocas en el mundo a expresar el secreto de los viejos libros y a abrir los caminos del pasado a los hombres que quieran internarse en ellos para el porvenir.

SU INCREIBLE OBRA

La obra de don José Toribio Medina es tan vasta, que asombra por su cantidad y su extensión, hasta el extremo de parecer increíble que un solo hombre haya podido investigar y escribir tanto. Alcanza, según los últimos cálculos, a nada menos que 438 volúmenes, y aún hay muchos que aseguran un total de medio millar de trabajos. No sólo también centenares de volúmenes, sino millares de anotaciones y de hallazgos documentarios comprende la múltiple obra del bibliógrafo y del polígrafo, del crítico y del historiador, del biógrafo y el folklorista, del entomológrafo y el numismático, del antropólogo y el literato. Todos estos encontrados títulos merece don José Toribio por la multiformidad de su obra, que va desde la recopilación bibliográfica hasta la anotación literaria, desde el catálogo apretado de noticias hasta la exhumación histórica, desde el glosario erudito hasta la verificación de textos, desde las ediciones críticas hasta la indagación folklórica, desde la rebusca de papeles centenarios hasta la simple y pesada labor documental.

La sola enumeración de las obras de don José Toribio no cabría en este breve panorama de su vida y sus trabajos. Por eso, pues, en lo posible podría

hacerse un intento de clasificación, separando en grupos, según las distintas materias, a sus producciones más importantes y sin hacer mención de las numerosísimas notas y compilaciones bibliográficas de un carácter simplemente erudito. Siguiendo la certera clasificación del crítico chileno, don Armando Donoso, la vasta obra original de Medina puede dividirse en ocho grandes categorías.

La primera comprende las publicaciones de orden científico. El entomólogo está representado por «Los insectos enemigos de Chile», «Motivos para la fundación de una sociedad entomológica chilena»; el folklorista por «El Piuchén»; el arqueólogo, por «La monia de Chuquicamata», «Los restos indígenas de Pichilemu»; el antropólogo, por «Los Conchales de las Cruces»; el etnógrafo por «Los Aborígenes de Chile»; el didacta, por «La instrucción pública en Chile»; el cartógrafo, por el «Ensayo acerca de una Matapoteca chilena».

En la segunda clasificación caben las publicaciones de carácter histórico-documental, netamente americanas, y en las cuales el investigador arroja amplia luz sobre las fatídicas actividades del Tribunal del Santo Oficio en la América Española y las Islas Filipinas: «La primitiva Inquisición en América», dos tomos; «Historia de la Inquisición en Lima», dos volúmenes; «Historia de la Inquisición en México», un tomo; «Historia de la Inquisición en Chile», dos tomos; «Historia de la Inquisición en Río de la Plata», un tomo; «Historia del Tribunal del Santo Oficio en las Islas Filipinas», un tomo; e «Historia del Tribunal del Santo Oficio en Cartagena de Indias», un volumen.

La tercera categoría comprende las obras de carácter bibliográfico exclusivamente americano: «Biblioteca Hispano-Americana», siete volúmenes; «Biblioteca Hispano-Chilena», tres gruesos tomos; «Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile», «Historia y Bibliografía en el antiguo Virreinato del Río de la Plata», «La Imprenta en México», «La Imprenta en Manila», «La Imprenta en La Habana», «La Imprenta en Cartagena de las Indias», «Notas bibliográficas referentes a las primeras producciones de la imprenta en algunas de las ciudades de la América Española», «La Imprenta en Veracruz», «La Imprenta en Mérida de Yucatán», «La Imprenta en Oaxaca», «La Imprenta en Guadalajara», «La Imprenta en Caracas», «La imprenta en Bogotá», «La Imprenta en Quito», «La Imprenta en Arequipa, el Cuzco, Trujillo y otros pueblos del Perú», «La Imprenta en Lima» «La Imprenta en la Puebla de Los Angeles», «La Imprenta en Guatemala», «Introducción de la Imprenta en América», y, finalmente, «La Historia de la Imprenta en América».

Las publicaciones de documentos y reimpresiones históricas y literarias que se realizaron bajo su personal dirección pueden agruparse en una cuarta clasificación. Allí están los grandes trabajos documentales titulados: «Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo», cuyos primeros treinta volúmenes aparecieron durante catorce años consecutivos (1888-1902) y cuyos 349 volúmenes manuscritos restantes aguardan aún la fecha de su publicación, «Colección de historiado-

res de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional», cuyos once primeros volúmenes fueron publicados por Barros Arana, Amunátegui y Montt, y a los cuales se han agregado cuarenta y cinco volúmenes más. Entre las obras históricas y literarias reimprimadas a iniciativa y vigilancia suya, están: «Histórica relación del Reino de Chile», del jesuita Alonso de Ovalle; «Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile», del maestro de campo Alonso González de Nájera; «Historia geográfica del Reino de Chile», de Felipe Gómez de Vidaurre; «Versos de José del P. Medina» (su padre); «Doctrina cristiana y catecismo en lengua allentiac», «Nueve sermones en la lengua de Chile», por el Padre Luis de Valdivia; «Descripción de las Indias Occidentales», por Martín Fernández de Enciso; «Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el período revolucionario de 1818 a 1819» (traducción personal); «Relación en verso de un combate entre araucanos y españoles, ocurrido en Chile en 1759», por Fr. Pedro Merinó de Heredia; «Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile», por don José Pérez García; «Doctrina cristiana en lengua guatemaleca», ordenada por el primer obispo de Guatemala; «El temblor de Lima en 1609», edición facsimilar y edición crítica del «Arauco domado», del Licenciado Pedro de Oña; «El primer poema que trata del nuevo mundo», de Luis Zapata; «Dos cantos de armas antárticas que se refieren a Chile», de Miramontes Zuazola; «Insurrección en Magallanes, relato del capitán Charles H. Brown» y «Memoria de un oficial de la marina inglesa al servicio

de Chile», traducciones personales del mismo Medina.

Las numerosas publicaciones de carácter histórico-geográfico, relativas a los descubrimientos y los descubridores de América, integran la quinta clasificación: «Viajes de Diego García Meguer al Río de la Plata», «El veneciano Sebastián Cabot al servicio de España», «El descubrimiento del Océano Pacífico», «Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros», «Descubrimiento del río de las Amazonas», «Hernando de Magallanes», «Juan Díaz de Solís», «Relación diaria del viaje de Jacob Le Maire y de Guillermo Cornelio Schouten», «El Portugués Esteban Gómez al servicio de España», «Algunas noticias de León Pancaldo y de su tentativa para ir desde Cádiz al Perú por el Estrecho de Magallanes», «El Portugués Gonzalo de Acosta al servicio de España».

En este mismo grupo puede incluirse a José Toribio Medina, biógrafo, y mencionar, además de las biografías contenidas en esos libros históricos, algunas obras como las de Ercilla, Arturo Prat, José Miguel Carrera, El P. Luis de Valdivia, Francisco de Aguirre, Juan Núñez de Prado y Francisco de Villagrán; José Mariano Beristain de Souza, Colón, Santo Toribio de Lima, Fray Miguel de Aguirre, Fray Diego de Landa, Carlos de Mendoza, el ex-jesuita J. J. Godoy, etc.

Las publicaciones sobre numismática, por su número e importancia, constituyen por sí solas una categoría aparte: «Las monedas chilenas», «Las medallas chilenas», «Monedas coloniales de Chile», «Monedas obsidionales de Chile», «Manual de nu-

mismática chilena», «Medallas arstísticas hispano-americanas», «Medallas de proclamaciones y juras de los Reyes de España en América», «Medallas del almirante Vernon», «Bibliografía numismática hispano-americana», etc.

Tal vez si la parte más importante de su obra, desde el punto de la erudición, vienen a ser sus trabajos de investigación literaria: la magnífica «Historia de la literatura colonial de Chile», «El disfrazado autor del Quijote, impreso en Tarragona», «La novela de la tía Fingida», el amable y un tanto irónico libro, uno de sus más recientes, «La literatura femenina en Chile», y, finalmente, los numerosos volúmenes que dedicó a la gran admiración de su vida, don Alonso de Ercilla y Zúñiga: «Ercilla juzgado por La Araucana», «El amor en La Araucana», ediciones de «La Araucana», «Una nueva edición francesa de La Araucana», «La Araucana de don Alonso de Ercilla y Zúñiga», edición del centenario, que consta de cinco grandes volúmenes y donde se puede encontrar todo lo que atinja al poema y a los personajes que allí figuran: los «Romances basados en La Araucana», etc.

En una postrera clasificación podría, por último, agruparse toda la abundante producción referente a Chile en especial y que, además de numerosísimos prólogos, anotaciones, estudios, traducciones, etc., comprende libros de alto interés, como el «Diccionario biográfico colonial de Chile», «Los jesuítas expulsados de América en 1767», atiborrados ambos de interesantes noticias y, finalmente, el volumen titulado «Cosas de la colonia», en donde

alcanzó a repuntar en Medina un cronista fresco y gracioso que hubiera llegado muy lejos en el arte de hurgar belleza y gracia en los vericuetos del pasado colonial chileno.

SU IMPORTANCIA Y SU PRESTIGIO

Don José Toribio Medina, considerado solamente como bibliógrafo, erudito e investigador, ha sido estimado en el mundo entero como una de las más altas autoridades conocidas en éstas, al parecer, áridas pero importantes materias. La importancia de su obra ha repercutido en todos los países del mundo y no hay ningún círculo de alta cultura en que el nombre del laborioso sabio chileno, no haya sido pronunciado con respeto y con admiración. Aparte de sus méritos como historiógrafo, como erudito, como investigador, como polígrafo, como cientista, se reconoce que su obra ha revelado el misterio de la biografía americanista desconocida, ha establecido el valor testimonial de las crónicas primitivas y ha exhibido, con método y recta dirección, el inapreciable contenido de los grandes repositorios documentales españoles. Por eso, don José Toribio Medina, más que un concienzudo bibliógrafo y un infatigable hurgador de archivos y bibliotecas, es un verdadero orientador para la historia y los sucesos de América, en especial, y para no pocos problemas científicos, históricos y literarios del mundo.

Como ha podido observarse en el desarrollo del siguiente trabajo general, la preocupación de don

José Toribio Medina fué el esclarecimiento de todos los problemas relativos a nuestra América y, en este sentido, su obra alcanza tal calidad que bien puede reputarse al ilustre muerto de ayer como el primero y más completo americanista conocido. La historia y la bibliografía americanas se lo deben todo, así como también le son deudoras de valiosísimos aportes la historia literaria, la etnografía, la arqueología, la numismática, la lingüística y el folklore de nuestro Continente. Rafael Altamira, el severo catedrático español, decía a este respecto: «Sería imposible dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina», mientras, por su parte, el Illmo. y Rvmo. Arzobispo de Santiago, Monseñor Crescente Errázuriz, famoso historiador, agrega: «Los documentos publicados por nuestro amigo don José Toribio Medina nos han suministrado los materiales de los seis volúmenes que dedicamos a la conquista de Chile». El secretario del Senado Español, marqués de Laurenzín, al referirse a los trabajos ercillanos de don José Toribio, manifestó en un informe, lo siguiente: «No tendréis, pues, por exagerado, si por gráfica y exacta, de apellidar soberbio e imperecedero monumento el erigido por los nobles arreos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla». En las obras de los más ilustres bibliógrafos, críticos e investigadores mundiales—Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Adler, Mitre, Garnett, Altamira, Herrera, HARRISSE—se cita, con respeto admirativo, a don José Toribio Medina. El ilustre hispanófilo y millonario yanqui, fundador de la Hispanic Society of America, Mr. Archer Milton

Huntington, le manifestaba una vez a un chileno: «Le envidio porque va a Chile y podrá conversar cuando quiera con don José Toribio Medina». Un británico ilustre, Mr. Bryce, delegado de museos y de prestigiosísimas instituciones, arribó, apenas llegado a Santiago, a la casa de don José Toribio Medina y lo cita en su obra «La América del Sur, observaciones e impresiones», como el más alto valor de la cultura chilena y americana. En el Museo Británico existe una colección completa de las obras de don José Toribio y son consultadas constantemente por eruditos de todas partes del mundo. El ilustre W. H. Koebel, erudito inglés, estima en su obra «Chile moderno», a don José Toribio, como «the greatest historical authority through out South America, is the famous chilean don José Toribio Medina». (La más alta autoridad histórica de Sud América es el famoso chileno don José Toribio Medina). Con iguales palabras se refirió a nuestro glorioso bibliógrafo, Mr. Clements R. Markhan, presidente de la Sociedad Geográfica de Londres. En el décimo-octavo Congreso de Americanistas celebrado en Londres, el discurso de inauguración, a cargo de don Samuel A. Lafone y Quevedo, se refirió casi totalmente a la obra de Medina.

Estas y muchas otras ilustres referencias pueden dar una idea sumaria al lector de la importancia de la obra del polígrafo chileno, y corroboran el prestigio extraordinario de que goza en el mundo entero. Ha obtenido las mayores distinciones que pueden caberle a un hombre de sus méritos y especialidades. Miembro de número de la Real Academia

de la Lengua (propuesto por Marcelino Menéndez y Pelayo, Gaspar Núñez de Arce y Pedro Antonio de Alarcón); es miembro de la Real Academia de Historia, de la Real Academia Sevillana de Bellas Letras, de la Sociedad de Artistas y Escritores de España, de la Sociedad Geográfica de La Paz, del Instituto Geográfico Argentino, de The Jewish Historical Society of England, de la Academia Nacional de Historia de Bogotá, de la Hispanic Society of America, de la American Antiquarium Society, de The Bibliographical Society of America, de la Sociedad Científica Argentina y de veinte importantes instituciones más. Miembro de la Sociedad de Historia y Geografía de Chile, le ha sido otorgada en ella la gloriosa medalla de oro que sólo poseen Monseñor Crescente Errázuriz y el difunto don Diego Barros Arana.

El 25 de Agosto de 1923, al cumplir 50 años de incesante vida intelectual, fué objeto de una verdadera apoteosis en la Universidad de Chile, donde le rindieron homenaje: el Presidente de la República, los Ministros de Estado, los miembros del Cuerpo Diplomático, las altas autoridades educacionales, administrativas y centenares de maestros, estudiantes y profesionales que se apretujaron en el recinto universitario para asistir al emocionante homenaje que el país y la América rendían a la primera gloria viva chilena. El Ministro de Instrucción Pública, don Alcibiades Roldán, usó entonces de la palabra a nombre del Gobierno y el discurso de orden estuvo a cargo del Decano de la Facultad de Humanidades, don Luis Barros Borgoño. Después de un hermoso y sentido agradeci-

miento del ilustre bibliógrafo, el Presidente de la República hizo entrega, entre delirantes aplausos, de una medalla de oro que le obsequiaba la Universidad de Chile en el jubiloso día de bodas de oro de su vida intelectual.

A ese homenaje adhirieron las personalidades más ilustres y las instituciones más importantes del país: la Universidad Católica, la Universidad de Concepción, el Ateneo de Santiago, la Biblioteca Nacional, el Arzobispo de Santiago, la Liga Patriótica Militar, don Gonzalo Bulnes, don Vicente Zegers y la casi totalidad de los jefes de misiones diplomáticas acreditadas en Chile.

Al mismo tiempo, la prensa de todo el territorio llenaba sus páginas y sus columnas editoriales con la vida, la obra y la importancia mundial del sabio investigador chileno y desde el extranjero le llegaban, a centenares, adhesiones de personas y entidades tales como la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de La Plata, el Ateneo Hispano-Americano, La Academia Argentina correspondiente de la Real Española de la Lengua, la Unión Panamericana de Washington, el Museo de La Plata y los eruditos Levillier, Leguizamón, Lavene, Carbia, etc., etc.

L. BRIONES.



DON JOSE TORIBIO MEDINA

(Editorial de «El Mercurio de 12 de Diciembre de 1930»)

LA vida de don José Toribio Medina, que acaba de morir, fué siempre un fiel reflejo de su obra.

Nada pudo distraerla ni preocuparla como no fuera la actividad de la eterna colmena, a la cual todos los pueblos acarrean los materiales para las bibliotecas y para los libros.

Incorregible cartujo, perdido siempre en la preocupación del infolio, apenas si se dió tiempo para asomarse a la ventana de la vida espectacular, bajo la cual hubiera visto correr todas las inquietudes de las dos mitades de estos últimos siglos, como una corriente caudalosa. En cierta manera, existencia como la suya, tan dada a la especialidad de la erudición pura, pudo hacer recordar la del menor de los Moratines, viviendo en el París tumultuoso de

1789, ignorante de la caída de la Bastilla y hasta de las turbas que rugían por calles y plazas, mientras él traducía pobrementemente a Shakespeare.

Y es que la condición del erudito no puede ser otra: total ausencia del presente, en entrega voluptuosa al pasado.

La obra de Medina, sólo hubiera podido realizarla una generación, pues labor tan vasta más parece cosa colectiva que esfuerzo de un solo hombre. Su paciencia y su celo valen por una biblioteca. De tal modo descubrió millares de documentos y acumuló centenares de libros raros y curiosos, que comprenden desde el glosario de vocablos, hasta los más escasos ejemplares de la simple historiografía. ¿Qué se sabe sobre los orígenes del hombre americano? ¿Qué sobre los primeros pobladores de Chile? ¿Se ha estudiado a fondo nuestra vida colonial? ¿No descansan sobre simples conjeturas muchas de las afirmaciones que corren impresas sobre las primitivas civilizaciones americanas?

Por eso comprendió Medina, como Barros Arana y Amunátegui, que, ante todo, era preciso intentar el acarreo de los materiales y después escribir la historia, que reclaman la investigación y la disciplina científica. Ahí están sus exhumaciones arqueológicas, sus publicaciones de documentos, sus rastreos bibliográficos, sus volúmenes de volúmenes contentivos de cuantos documentos logró copiar en los archivos españoles, sus recopilaciones, sus biografías, sus emporios lexicológicos, aguardando a los futuros historiadores que, como don Crescente Errázuriz, comienzan por declarar que no se po-

drá avanzar un paso en el estudio de la Historia de Chile, sin recurrir en todo instante a cuanto ha investigado o esclarecido Medina.

Toda esa labor la hizo posible la vida ejemplar de este erudito, que podría ser comparado, en sus actividades, con Nicolás Antonio o con el propio Menéndez y Pelayo. Viajó por todos los países de América, a veces de pueblo en pueblo, en Méjico o en el Perú, visitando los archivos parroquiales o viejos museos; otras perdido, durante meses y años, en el Museo Británico o en el Archivo de Indias, en las bibliotecas particulares de Mitre, de Fregeiro, de Carranza, de la John Carter Brown Library. Sólo así se concibe que lograrse reunir número no sólo tan crecido, sino que tan valioso como son los volúmenes de su riquísima biblioteca, hoy patrimonio del Estado.

Con razón podía decir Altamira que será imposible «dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina».

En verdad, comenzada esa labor con la edición de millares de documentos que tratan de la historia de Chile; continuada con frecuentes búsquedas de todo orden, que sirvieron para restaurar memoriales, procesos perdidos, informaciones de servicios; completada por trabajos de valor etnográfico y arqueológicos, sobre los agorígenes araucanos o por libros de pasmosa erudición relativos a la literatura española de otros días, representa el esfuerzo intelectual más pasmoso que se haya intentado en América, no sólo por la amplitud de sus miras, sino que por la probidad, por el escrúpulo y el amor con que fué realizada.

Alguno de sus libros, tal vez cualquiera de ellos, bastaría para inmortalizar a un investigador: ahí están su «Historia de la literatura colonial chilena», su monumental «Biblioteca Hispanoamericana», los volúmenes relativos a la Inquisición, a Ercilla y La Araucana, a Vasco Núñez de Balboa, el «Diccionario biográfico colonial de Chile», sus estudios consagrados al Quijote apócrifo o la Tía Fingida, que prueban cuán vasta, cuán completa eran su curiosidad y su erudición de primera mano.

Más de trescientos volúmenes, que tienen la proporción de una verdadera enciclopedia de las ciencias históricas, representan toda la obra enorme de este polígrafo consumado: la geografía y el folklore, los estudios etnográficos y la cartografía, la arqueología y la historia documental, la bibliografía pura y las memorias, las reediciones críticas y los libros de viajes, la numismática y la erudición literaria, la historia de Chile, en todos sus aspectos y períodos, en fin, completan esta labor que representa el más gigantesco acarreo de material para los historiadores de muchos siglos de la historia americana.

No sólo Chile, su patria, le debe el reconocimiento de su generosa empresa, sino América entera, cuya historia contribuyó a esclarecer en todos sus aspectos, ya fuese estudiando la Imprenta, la Inquisición o los descubrimientos marítimos y las riquezas numismáticas. Por eso ha podido decir de él un hombre eminente, el sabio y magnánimo Huntington, que Medina fué un benefactor de América.



DON JOSE TORIBIO MEDINA

(Editorial de «La Nación» de 12 de Diciembre de 1930)

A CABA de buscar asilo en la muerte, una de las glorias más altas de la intelectualidad contemporánea. Porque don José Toribio Medina, con su extraordinaria obra de investigación y de estudio, logró reivindicar para la América el primer rango en la ciencia histórica, dentro del habla castellana.

Su vida entera, larga en años—pero llevada hasta los últimos días con singular juventud de espíritu—no constituyó más que una permanente oblación al cultivo de la historia y de las letras. Enamorado de nuestro pretérito continental, se transformó en su mejor animador y, a través de una filatan extensa de obras cuya sola enunciación abarcaría varias columnas, fué asentando con la autoridad incomparable de sus conocimientos, los contor-

nos más escondidos del descubrimiento, conquista, coloniaje e independencia americanos.

Sus libros constituyen, a la fecha, la autoridad máxima en punto a historia de América. Con ellos se podría rehacer el Archivo de Indias y sin aquéllos éste no sería otra cosa que un cuerpo sin vida.

Pero, además del valor científico de sus incontables producciones, precisa agregar la pureza, la propiedad de lenguaje y el giro de innegable elegancia que Medina supo poner siempre en ellas, como si su espíritu privilegiado hubiera reunido, por gracia excelsa, todos los dones que forman y completan la personalidad del historiador y del artista.

Su justificada nombradía llegó desde el extranjero hasta nosotros. Mientras aquí su recia envergadura intelectual pasaba casi desapercibida, los más notables centros científicos de Europa y América se honraban en pedir su colaboración y lo hacían objeto de sus mejores distinciones. En su último viaje a España, con motivo de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, las corporaciones académicas peninsulares lo recibieron como un príncipe de la intelectualidad, y el Monarca le otorgó la condecoración que la Realeza sólo concede a las más grandes autoridades científicas del mundo.

Ejemplo vivo de contracción al estudio, jamás quiso aparecer, ni siquiera transitoriamente, en otra esfera que en la de sus libros. No salía de su hogar sino para ir a revolver archivos en alguna biblioteca; y en su propia casa, con la colaboración cariñosa y abnegada de la compañera de su vida,

alineaba él mismo, en época no distante, los tipos de imprenta que habrían de divulgar sus obras.

Un rasgo de su vida pinta el elevado desprendimiento y el generoso patriotismo de su espíritu. Solicitado por una poderosa institución científica norteamericana para cederle, por el precio de una fortuna, su valiosa biblioteca particular, contestó donando a nuestra Biblioteca Nacional todos los millares de volúmenes que forman aquélla. Con ellos se ha formado la «Sala Medina» que es, en el presente, una de las reparticiones de mayor mérito dentro de la Biblioteca Nacional.

Hombres como don José Toribio Medina asoman rara vez dentro de una colectividad o de una raza. Son flores de excelencia que iluminan toda una época. Por lo mismo, al rendírseles el homenaje público a que son acreedores, se enorgullece el propio país a que pertenecen, ya que un pueblo demuestra con ello haber adquirido la suprema virtud de aquilatar el genio.



DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LOS FUNERALES DE DON JOSE TORIBIO MEDINA

Discurso del Ministro de Educación Pública
don Alberto Edwards

A nombre del Gobierno de la República, vengo a rendir homenaje al sabio ilustre, honor de su patria y de toda la América Latina, cuyos restos mortales van a ser devueltos a la tierra.

Inteligencia poderosa y equilibrada, juicio sólido, voluntad enérgica y perseverante, el señor don José Toribio Medina, consagró con laboriosidad incansable, al estudio de las ciencias y al progreso de la cultura, las excepcionales facultades de un espíritu tan prodigiosamente dotado.

Y el corazón del señor Medina no valía menos que su cabeza. Su labor de más de medio siglo es-

tuvo siempre iluminada por una fe inquebrantable, por un fuego de juventud que los años no pudieron apagar, y, lo que vale más que esto todavía, por un ejemplar desinterés patriótico.

Así deja a su país, junto con un alto nombre, gloria nacional, y con las innumerables obras fruto de sus fecundas vigiliás, la valiosísima biblioteca que reuniera trabajosamente en las nobles cruzadas que emprendió por todos los ámbitos de la América y por los archivos de la vieja Europa, en busca de nuevos materiales para el mejor estudio de la historia patria.

La cultura del señor Medina era tan vasta como sólida. Lo supo casi todo, y en muchos ramos sabía mejor y más profudamente que ninguno de sus contemporáneos. Fué, sin disputa, el mejor bibliógrafo de América Latina. Produjo, además, trabajos de primer orden en casi todos los ramos de la historia, desde la etnografía y la numismática hasta la crónica de las costumbres. Fué, sobre todo, un acumulador de materiales y documentos originales, comentados y ordenados con sabia crítica. A este respecto, su obra tanto por su calidad como por su cantidad, no tiene paralelo en la literatura de la raza.

El estudio de los remotos orígenes de la nacionalidad chilena y el de nuestro pasado colonial, no pueden emprenderse sin el auxilio de Medina. El puso cimientos sobre el cual habrán de apoyarse todos los historiadores del porvenir.

Aunque escribió para los doctos, aunque su labor, tan silenciosa como sólida, no es de aquellas que el vulgo puede fácilmente apreciar, la gloria,

que no buscaba, vino a su encuentro. Desde hace muchos años, su nombre había traspasado las fronteras de la tierra que le vió nacer. Rodeado en la tarde luminosa de su vida fecunda por la veneración y el cariño de sus conciudadanos y por el respeto de los doctos, en todo el continente y en la Madre Patria, don José Toribio Medina, al bajar a la tumba, pasa a ocupar un sitio de honor en la historia de la cultura latinoamericana.

El tiempo no borrará su nombre.

Discurso de D. Eduardo Barrios, Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, al despedir de la Sala Medina, en la Biblioteca Nacional, los restos del sabio historiador.

Señores:

Esta casa está llena de emoción y de recogimiento. No hay lágrimas en nuestros ojos: nuestro dolor es alto y sereno, porque lo causa y lo fortalece la figura que a todos nosotros enseñó el paso con que se camina en la altura. No lloramos pues; sufrimos empinándonos, sufrimos con orgullo, con orgullo de hijos que a lo más se funde en una especie de enternecimiento, de dulzura y de humildad. He aquí la influencia de las grandes almas.

Antes de la vida, después de la vida: dos obscuridades de las cuales sólo sabe hablar la fe. Pero entre estas dos obscuridades, un espacio claro que nuestros sentidos, nuestro juicio y nuestro sentimiento penetran: la vida. Una gran vida puebla

siempre su espacio de grandes hechos; y aunque nada hubiera en el antes ni en el después, siempre se prolonga entonces de posibilidades el futuro, siempre, la vida de un grande hombre, crea un más allá.

Por esto, señores, es bella la emoción que llena hoy esta casa.

Don José Toribio Medina es para Chile, para el Continente, para España, para el mundo, el fecundador de una historia; su obra, escrupulosamente exata, extensa hasta orillar el medio millar de títulos, sabia para ser fuente de sabios, generosa para aventarse en todos los surcos, patriótica por haber sabido acumular el granero para los chilenos, es, además otra historia, que él no se detuvo a mirar, pero que nos ha legado también: la de su vida ejemplar.

Nosotros, los bibliotecarios de esta casa, somos, sin duda, los más afortunados entre los que él benefició: recibimos el tesoro de su obra y la compañía viva y constante del maestro. Entre nuestros anaqueles como entre nuestras inquietudes, entre nuestras mesas de trabajo como entre nuestra personal producción, él anduvo siempre, el guía, el experto a quien no escapaba el sendero para la investigación. Vivió cuarenta años en medio de nuestros libros, su mano sabía encontrar a ciegas, el volumen oculto, su memoria creaba sin cesar el documento ignorado. Era el genio que nos presidía. Será la sombra que nos inspirará. Seguirá envolviendo nuestras vidas, empujando nuestro esfuerzo, contagiándonos de laboriosa paciencia.

No analizaré yo aquí su personalidad de erudito,

su enorme, inverosímil producción. Ni es el momento, ni es el lugar, ni están para ello nuestros corazones. Al despedir sus restos, no hay en esta casa otro deseo que el de agradecer su herencia, bendecir su nombre, recogernos en la fuerza que nos lega; y aunque por instantes el dolor nos oprima la garganta, no queremos el gesto descompuesto que niegue la fortaleza de su ejemplo.

Otro bien nos deja aún para hacernos compañía: la compañera de todas sus empresas, la mano tutelar que supo ser para él la enamorada, la esposa, la madre, la colaboradora y la santa. Cuantos le quisimos veremos siempre en ella el espejo del maestro y nuestro afecto hallará en ella su continuación.

Como veis, este hombre que hoy descansa, todo nos lo ha dado. Cuarenta mil volúmenes de maravillas, fuente virgen de nuestra historia en documentos que su tesón desempolvó de archivos de Indias y Simancas, labor, energía, fortaleza y modelo, el don de sus logros y el don de su enseñanza. No podemos llorar. Maestro, os despedimos orgullosos de vos empinándonos hacia vuestra altura.

Vida de los grandes, que no acaba. Muerte de los grandes, que es orden de proseguir. Hoy termina, maestro, tu afán; pero tu gloria se abre, y, por todo el porvenir, día a día, una palma caerá sobre tu nombre.

Discurso de D. Domingo Amunátegui Solar, de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española de la Lengua.

No sólo es una desgracia nacional, sino una desgracia americana.

José Toribio Medina fué un obrero infatigable en favor de la unión de todos los pueblos hispano americanos.

Sus obras presentan valiosos argumentos de hecho, que no admiten réplica, para demostrar la comunidad de intereses de las repúblicas del Nuevo Mundo.

Las bibliografías publicadas por Medina, de los grandes descubridores y de los grandes navegantes, como Balboa y Magallanes, ponen en evidencia que las cunas donde estas repúblicas nacieron fueron tejidas con idéntico mimbres, y labradas por hombres de idéntica raza.

Las bibliotecas coloniales y los relatos del Santo Oficio en América, debidos a la pluma de nuestro compatriota, prueban de igual suerte que estas naciones fueron amamantadas con la misma leche intelectual, y educadas con el mismo y santo temor de la herejía, bajo la doble égida de la Majestad de Dios y de la Majestad del Rey.

Los criollos hispanoamericanos formaron su alma en una sola casa, y con la dirección de maestros inspirados por análogos principios. Esta es la filosofía que nos enseña la sabia investigación de Medina.

No hay motivo, ni razón, para que los descen-

dientes de aquellos hombres se alejen unos de otros, y lleguen a aborrecerse hasta la lucha fratricida.

Por el contrario, la historia del origen y desenvolvimiento de Hispano América les llama a estrecharse más y más, para marchar juntos en el combate por venir.

Cuando la confederación americana, ese glorioso sueño de Bolívar, se convierta en una realidad, entre los escritores que han contribuído a darle vida, se recordará con justicia el nombre ilustre del chileno Medina, a quien rendimos hoy doloroso homenaje.

Sus obras son conocidas y admiradas en todo nuestro Continente; desde el norte, donde se contempla el admirable desarrollo y se oye el estrepitoso rumor de las grandes naciones sajonas, hasta el Estrecho de Magallanes, donde mezclan sus aguas los mayores océanos de la tierra.

No hubo comarca del Nuevo Mundo, ni isla, ni valle, ni río, ni montaña, cuya historia no investigó José Toribio Medina con la poderosa lente de su ojo incansable.

No hubo libro, inédito o impreso, compuesto bajo este cielo durante la dominación de España, que no haya descrito en sus doctas monografías.

Cuando los españoles quieran narrar la vida de su imperio colonial necesitarán estudiar los libros de Medina, como una de las fuentes más fecundas de esa historia.

Este cíclope de las letras no poseía una naturaleza vigorosa.

La cabeza privilegiada que concibió y realizó tantos planes de resurrección histórica, coronaba un cuerpo pequeño y débil.

El organismo físico ofrecía un notable contraste con la importancia gigantesca de su labor.

En otra esfera, la sencillez del traje y la carencia de lujo en la morada le hacían pasar inadvertido en medio de los vecinos de Santiago.

La mayoría de ellos ignoraba dónde vivía, y, en cierta ocasión, un cajero de Banco le exigió que comprobara su identidad personal.

Este es un ejemplo vivo de la vanidad humana. ¡Cuántos individuos desnudos de todo mérito reciben rendido acatamiento, gracias a la pompa de que se rodean!

En cambio, ningún escritor español, ningún literato de Estados Unidos visitaba nuestra capital sin ir a saludar a Medina, en esa casa modesta que por muchos años le sirvió de imprenta para dar a luz sus eruditos trabajos.

La muerte, que sepultará a muchos poderosos de hoy en el eterno olvido, esculpirá la estatua de Medina en el mármol imperecedero de sus estudios de bibliografía y de investigación histórica.

Pero, si la multitud inculta no comprendió las grandes virtudes de este hombre benemérito, las autoridades de su Patria y de España supieron honrarle con magnanimidad.

Casi todos los Presidentes de Chile, desde Domingo Santa María, que le envió a la Península, para que estudiara los archivos coloniales, fueron amigos suyos. Errázuriz Echaurren, como se recuerda, eligió la casa de Medina para resolver allí un grave conflicto internacional.

Los principales historiadores chilenos de su tiem-

po aprovecharon los ensayos y documentos publicados por él.

Nuestra Universidad, por fin, le distinguió especialmente como miembro académico y mandó imprimir algunas de sus memorias.

Entre las corporaciones extranjeras, la Academia Española, de la cual era individuo correspondiente, acogió en su último diccionario numerosos chilenismos propuestos por Medina; y la Real Academia de la Historia le confió la insigne honra de nombrarle miembro honorario.

Interminable es la lista de las condecoraciones y medallas que recibió José Toribio Medina, en Chile y fuera de Chile.

No son éstas, sin embargo, las flores que adornarán para siempre su ataúd.

Las cruces de oro y esmalte también caen bajo la acción destructora de los años.

Medina vivirá en los centenares de libros engendrados por su constancia y sabiduría.

Discurso de don Luis Galdames, Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación

La verdadera vida de nuestro gran polígrafo es la vida de la historia, es decir, la vida de la inmortalidad; y ésta es la que ahora ha comenzado para él.

Si escrutó los viejos archivos con el ojo avizor de su crítica, la posteridad de los pueblos de América no podrá prescindir de su obra cada vez que desee remontar a sus orígenes; él será su guía y le ayudará siempre a descifrar los enigmas del pasado.

A prestar ese servicio y a ganar esa gloria consagró exclusivamente su tiempo, su fortuna y la actividad infatigable de su espíritu. Su obra llegó a ser inmensa. Ningún hombre de nuestro continente puede disputarle el primer rango en la variedad y fecundidad de la investigación histórica. En ella es todavía el insuperado, el excelso.

Cuando un chileno se ponía en contacto con los hombres de alta cultura en el exterior, su más legítimo orgullo consistía en poder contestar a la pregunta inevitable:—«¿Qué hace Medina? ¿Todavía trabaja Medina?» Y luego oír de esos mismos labios estas o parecidas expresiones: «Aunque Chile no hubiese producido en un siglo más que este hombre superior, tendría derecho a la gratitud de la América».

Entonces uno pensaba que esos entusiastas podían muy bien tener razón: la obra de Medina comprende a todos los países americanos y les interesa a todos también. En sus múltiples libros sobre los descubridores, sobre la imprenta y sobre el Tribunal del Santo Oficio, trató de desentrañar y de exponer la génesis de la civilización del Nuevo Mundo; y lo hizo con tal acopio de informaciones documentales y eruditas como nadie ha conseguido hacerlo. Podrá observársele que falta allí la visión de la síntesis; pero ello no importa; en cambio está la comprobación del análisis.

En ese sentido, su obra tiene la fuerza de un vínculo de unión entre los distintos pueblos americanos; vínculo permanente y sólido, porque emana del común espíritu que los animó en su infancia y en su crecimiento.

Sin embargo, cuando lo veíamos aquí, tan de cerca, y tan llano y sencillo, siempre preocupado de algún escrito nuevo, no imaginábamos que su inteligencia viva y penetrante estuviese aureolada por el reconocimiento y la admiración de todo un continente.

Muy pocos de nuestros compatriotas han prestigiado como él la cultura y la vida intelectual de Chile en el extranjero; muy pocos como él han dado pruebas de igual perseverancia, erudición y ciencia, y menos, de mayor desprendimiento y entereza moral. Más que un sabio, era un carácter.

Dentro del campo dominado por sus extraordinarias aptitudes, sirvió a su país con imponderable esfuerzo; pero, a la vez, sin ostentación ni esperanza de recompensas adecuadas. Nos lega por eso una noble inspiración de civismo.

Honra ha sido para nuestra Universidad haber prestado el calor de su estímulo a la obra del sabio. Honra será para ella también contribuir a enaltecer al hombre. Mientras tanto, la Facultad que lo contaba entre sus individuos más ilustres, le rinde el homenaje de su sentimiento y de su gratitud.

**Discurso de D. Aureliano Oyarzún, Director del Museo
Histórico Nacional**

Señores:

No toca al Director del Museo Histórico Nacional analizar en este momento la labor literaria del

señor José Toribio Medina, en su carrera de historiador de Chile y la América española.

Impulsado desde joven por su inclinación a los estudios históricos, trabajó constantemente en los archivos nacionales y extranjeros para darnos a conocer documentos cuya existencia se ignoraba, y esclarecer problemas que no se explicaban suficientemente, por haber llegado truncos a nuestro conocimiento.

Sus obras constituyen hoy el faro que ilumina la investigación de sus discípulos y admiradores.

Refiriéndome sólo a etnología, que también cultivó, recordaré que Ambrosetti en el décimo séptimo Congreso de Americanistas de Buenos Aires, manifestó que su obra sobre los «Aborígenes de Chile» debía considerarse como la Biblia de los estudiosos americanos.

Basada en las ideas de evolución de su tiempo, ha hecho ya su época, pero ha dejado discípulos cuyos estudios empiezan ya a clarear las verdaderas ideas científicas, en la parte que nos toca del conocimiento del hombre americano.

Como Director del Museo Histórico Nacional de Chile, séame permitido, en nombre de mis compañeros de trabajo, expresar aquí a su familia y al país, mi sentida condolencia por el desaparecimiento de este ilustre chileno que tanto honró a su patria y a las letras americanas.

No olvidemos que sus trabajos históricos justifican más todavía la existencia de nuestro Instituto y por esto su sección colonial honrará perdurablemente su memoria.

Discurso de D. Guillermo Feliú Cruz, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

Señores:

«He trabajado mucho y me he cansado poco». En esta frase sencilla, en una ocasión solemne, cuando cumplía Medina cincuenta años de intensa labor literaria, sintetizó su obra, como si con ella hubiese querido decir que fué la ley de su vida la del trabajo ejemplar y el anhelo mayor de su ilusión espiritual, la consagración de la verdad.

Pocas vidas encierran como la suya tan máxima lección de voluntad; pocas tanta constancia en el amor a la ciencia. Por la tradición de su cultura, por la significación ibero-americana de sus estudios, por la energía que puso en los afanes a que consagró su vida con desprendimiento bíblico, Medina continuaba la tradición de Bello y seguía las aguas de nuestros grandes trabajadores intelectuales del siglo XIX: Amunátegui, Barros Arana, Lastarria, Letelier y Vicuña Mackenna. Todos ellos, patriotas esclarecidos, hombres de ponderada doctrina, iniciaron en el pasado siglo la tarea de engrandecer esta tierra para darle sólido prestigio que la hiciera fuerte y respetada. Y él, después de ellos, lo consiguió con su nombre haciéndolo como homónimo del de Chile.

El nombre de Medina ha representado para la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, su más alto exponente. El solo constituía tradición. Fué su primer miembro honorario, el primero que re-

cibió la medalla de oro que acuerda como premio insigne a los grandes cultores de la Historia Patria. La amparó con su consejo. La prestigió con sus estudios y le dió, con mano generosa, cuanto era capaz de dar su luminoso espíritu.

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, ha perdido el personero más autorizado y glorioso de sus anhelos e inquietudes por nuestro gran pasado histórico.